

La lectura de la obra *La metamorfosis* (1912) de F. Kafka (1883-1924) puede admitir diversos estratos, más allá de la historia singular de una persona que es un estorbo, de ahí que sea despreciado. ¿Por qué piensa que su fin es lo más acertado? Pregunta que debemos hacernos, pero que cada lector/a puede responder desde distintas atalayas., sin olvidar que son los estados anímicos lo que determina el entorno.

Veamos cómo Kafka describe a ese “monstruoso insecto” (tal vez un escarabajo, para simbolizar lo absurdo de la vida), que antes fue un hombre llamado G. Samsa. Al despertarse un día, después de un sueño tormentoso, se contempló con un vientre oscuro, que apenas podía ajustar la colcha. La mutación de Gregorio significa además la imposibilidad de trabajar por lo que no puede ayudar económicamente a su familia, por eso se halla aislado y rechazado, que observa desde el escondrijo. Su hermana es la que limpia la habitación y le lleva la comida. Asistimos al deterioro de Samsa, pero, también al descubrimiento de los verdaderos parásitos. Ante esta situación se replantean recoger en casa a tres huéspedes; estos intentarán denunciarlo al verlo en esa situación.

Estructuralmente observamos, nítidamente, tres partes: un cuerpo nuevo; hombre insecto; el monstruo. Esta tríada nos conduce a la lucha de las personas con un vasto poder que se ha vuelto inhumano, que le juzga, administra como si fuera un monstruo, no un ser humano, y todo esto con maestría narrativa; por eso nos mantiene en tensión hasta que la muerte supone un alivio.

La obra del escritor se ha hecho tan emblemática que cuando nos desesperamos ante cuestiones que tienen que ver con la burocracia decimos que nos encontramos en una situación kafquiiana. Los adjetivos “extraño” y “siniestro” son certeros en la obra. Es la desesperación de las personas ante la burocracia; es el terror ante el vacío. Cada vez nos hallamos más hundidos en el mismo sitio. Estamos en manos de poderes oscuros que nos llevan a la sinrazón. Las personas inermes ante el poderoso, incluso ante el hecho de la existencia.

La producción de Kafka es un reflejo angustioso de lo absurdo de la existencia humana; es el mundo interior transportado a la literatura. Es angustia, es desilusión. Así lo deja entrever en otras dos obras capitales: *El Proceso* (1915), cómo observa la justicia, la administración. El personaje fundamental no entiende cuál es su culpa, por lo que no sabrá si es culpable; es una condena de los otros. Le matan, pero es como si “la vergüenza hubiera de sobrevivirle”. *El Castillo* (1922). Creación de normas, leyes. Estamos encerrados sin salida (“Finalmente, consiguió arrancarse de esa calle amenazante”). Es la presión, la enajenación que no permite el desarrollo de nuestra personalidad, de ahí esa inmovilidad en que se encuentra la persona.

Sus escritos son como un descenso a los infiernos de la ciudad. Es una situación de lucha, pero sin que se llegue a la violencia; él desea que el ser humano alcance el bienestar; es la liberación de la persona como algo que le pertenece.

El contexto histórico literario está bajo el paraguas de la **angustia existencial**, como podemos observar en otros autores y obras. Destaquemos, entre otros, a Proust (*A la búsqueda del tiempo perdido*). Joyce (*Ulises*). W. Wolf (*Las olas*). M. de Unamuno (*Del sentimiento trágico de la vida*). A. Camus (*El extranjero*).

Históricamente hay una transformación de la sociedad y la política; recordemos la primera guerra mundial y la revolución rusa. Sin olvidarnos de los famosos años veinte triunfales que nos conducirían a la crisis de 1929; así como la crisis de la conciencia burguesa ideada por los intelectuales. A todo esto habría que añadir tres grandes corrientes: existencialismo (Kierkegaard, Bergson, Heidegger), psicoanálisis (. Freud), marxismo (modo de producción económica, lucha de clases).



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España.](#)